



## LA GARZA DE PORTUGAL.

VERDADERA RELACION, EN LA CUAL SE refiere la historia desgraciada de Doña Inés de Castro, Coello de Garza, de Portugal.

**A** la Reyna de los cielos,  
que con excelencias tantas  
se coronó de laureles,  
para llevarse la palma:  
aquella que ave divina  
se remontó bella Garza  
á lo mas alto del cielo,  
en donde está coronada:  
le suplico que me preste  
una pluma de sus alas,  
para que escriba mi ingenio  
la crueldad mas inhumana,  
y la lástima que lloran  
de bronce y mármol estátuas.  
En ese reyno lucido

de la nacion lusitana  
nació un Príncipe famoso,  
á quien dió nombre la fama  
de cruel, que para serlo  
le dieron bastante causa.  
Por gusto del Rey su padre  
con una Infanta de España  
casó el Príncipe Don Pedro  
con grandeza soberana;  
y á Portugal con su Reyna  
pasó por dama una dama,  
cuya hermosura por grande  
se igualó con su desgracia:  
era Doña Inés de Castro;  
ya lo he dicho, que esto basta.



Murió luego en Portugal  
la Princesa castellana:  
sintió Portugal su muerte,  
tanto como le tocaba,  
y el Príncipe se portó  
con grandeza soberana;  
y sosegada la pena,  
que el tiempo todo lo acaba,  
salió para divertirse  
á un jardin, como estilaba,  
donde dió vista á una fuente,  
de una fábica tan rara,  
que era taza de alabastro,  
como una taza de plata;  
y al espejo de sus ojos  
vió reclinado en las aguas,  
que en los frígidos cristales  
el espejo se miraba.  
Llegó el Príncipe á la fuente,  
porque el fuego busca el agua,  
y mirando su hermosura,  
quedó su vista abrasada,  
y á su cariñoso estilo  
volvió Doña Inés la cara.  
Quedóse el Príncipe elado,  
y Doña Inés quedó elada,  
bebiéndose los alientos  
por los ojos hasta el alma.  
El fuego venció á la nieve,  
y deritiendo la causa,  
que aprisionaba la lengua,  
rendido el Príncipe le habla.  
Palabra le dió de esposo,  
prometiéndole coronarla  
por Reyna de Portugal;  
y la dama cortesana,  
con justo agradecimiento  
su cándido jazmin saca.  
Dióle la mano de esposa,  
y en fe de mano y palabra,

se casaron en secreto  
con union muy voluntaria.  
Y temiendo que su padre  
esta union les estorvára,  
para que mas se ocultase,  
del real palacio la saca,  
apostando su hechizo  
en una quinta, que estaba  
convecina del Mondego.  
Y su padre que ignoraba  
los lances que he referido,  
trató luego con Navarra  
(atribuyéndolo á dicha)  
el casarlo con su Infanta.  
De Navarra el Rey lo acepta,  
y la Infanta Doña Blanca,  
acompañada de grandes  
de su corte y de su casa,  
pasó á Lisboa, causando  
mil penas eslavonadas.  
Visitó el Príncipe al Rey,  
el cual le ordena y le manda,  
que pues ha de ser su esposa,  
visitase á Doña Blanca.  
Obedeciole Don Pedro,  
y le recibió la Infanta  
con cariñosos cortejos,  
y el Príncipe así le habla:  
Serenísima Señora,  
cierto me holgára en el alma,  
escusar vuestro disgusto.  
y el mio, que por ser causa  
de los precisos desaires  
en que os veo precisada.  
Mas supuesto que es preciso  
vuestra pena declararla,  
rompa mi voz el silencio,  
pues ya no puedo ocultarla.  
Casé, señora, en Castilla  
primera vez con su Infanta,



por el gusto de mi padre;  
pero pues no está ignorada  
la causa de estos principios,  
pasemos á la sustancia.  
Cuando mi difunta esposa  
pasó á Portugal de España,  
vino asistiéndola entonces  
una bellísima dama,  
una hermosura, un prodigio:  
perdóseme el alabarla  
vuestra Alteza en su presencia,  
que su belleza informarla  
me importa, porque disculpe  
temeridades osadas,  
cuando conozca advertida  
de estos extremos la causa.  
Era en fin por abreviar,  
Doña Inés Coello de Garza,  
tan garza, que su hermosura  
y discrecion remontada,  
por ser un cielo, es el centro  
de la gloria de mi alma.  
Vióla mi vista, y perdíla,  
pues me la robó su gracia:  
y solicité su hermosura,  
y favoreció mis ansias,  
tanto, que logré la dicha  
de gozar premios por paga.  
Ya Doña Inés es mi esposa,  
que está conmigo casada:  
su esposo soy tan gustoso,  
que á mi dicha no se iguala  
la mayor dicha del mundo,  
por ser mi dicha tan alta.  
Y así padirá vuestra Alteza  
volverse lu go á Navarra,  
que sola Inés ha de ser  
en Portugal coronada.  
Fuese el Príncipe, y quedóse  
en blanco la triste Blanca,

dando licencia á sus ojos,  
para que tristes lloráran  
la pena que padeci;  
y el noble Rey de Navarra  
sintió con grandes extremos  
el desaire de su hermana.  
Mandó que al arma tocasen  
las trompetas y las cajas,  
y los fuertes capitanes  
se pusieron en campaña  
con egércitos valientes,  
bien prevenidos de armas,  
hasta ver de Portugal  
la corona derribada:  
que para recuperar  
el agravio de su hermana,  
solo pretende ponerla  
por alfombra de sus plantas.  
Sonó el clarín belicoso,  
crugió el parche de las cajas,  
poblóse el campo de picas,  
de mosquetes y alabardas,  
y con ricos estandartes,  
y banderas tremoladas,  
se puso sitio á Lisboa,  
y temiendo su arrogancia,  
pidió el Rey portugués treguas,  
y á sus Consejeros llama,  
y puesto en su trono altivo,  
su consejo les demanda.  
Era el uno Egas Coello,  
y Alvar Gonzalez llamaban  
al segundo Consejero,  
y el consejo que le daban,  
fue que Doña Inés de Castro  
muriese, que era la causa  
de la guerra, y que su muerte  
era de mucha importancia.  
El Rey replicó que no,  
que era tiranía ingrata.



Replicaron los traidores,  
que se perdía su fama,  
y juntamente su vida,  
y su corona arriesgaba.  
Y en fin tiranos y alevés  
tantos riesgos alegaban,  
que se bajó de su trono  
el Rey, dejando firmada  
de Doña Inés la sentencia,  
que muriese degollada,  
Al Príncipe aseguraron  
en la prision de un alcázar:  
se partieron á Coimbra,  
donde Doña Inés estaba.  
Aquí la mano me tiembla,  
aquí la pluma se para,  
aquí el pulso titubea,  
y la lengua aprisionada  
entre penas y tormentos,  
no pronuncia lo que habla.  
La leyeron la sentencia  
á aquella cordera mansa,  
á aquella que imitó á Abél  
entre el furor y la saña  
de tan ingratos Caínes,  
y vestida de mil ansias,  
rociaron sus auroras  
perlas, que en la filigrana  
de sus hermosas megillas  
se miraron esmaltadas;  
y sentada en una silla,  
las manes atrás le atan.  
Llegó el tirano homicida,  
cubrió su cielo una vanda,  
cortó el ingrato cuchillo  
su bellísima garganta.  
Quedó aquella nieve roja,  
aquella luna eclipsada,  
aquel sol todo nublado,

aquella luz apagada,  
aquella estrella sin rayos,  
aquel lucero sin alva,  
sin púrpura aquella rosa,  
aquel clavel sin fragancia,  
aquel jazmin deshojado,  
y sin cuello aquella garza,  
abatido ya su vuelo,  
y remontada su fama.  
Murió Doña Inés de Castro,  
Dios le dé gloria á su alma,  
y entre hermosos paraninfos  
se eternice colocada.  
Y el Príncipe mas amante,  
cuando supo la desgracia,  
sus amorosos extremos  
dígalos por mí la fama.  
Y desmintiendo la noche  
con la luz de cien mil hachas,  
le hizo un entierro solemne  
desde Coimbra á Alcobaza,  
donde sobre su cabeza  
puso la corona sacra,  
y luego todos sus grandes  
besaron su mano blanca,  
haciendo que todo el reyno  
por su Reyna la jurára.  
Y á los ingratos traidores  
por las traíadoras espaldas  
arrancó los corazones,  
porque su culpa pagaran.  
Emplazado murió el Rey,  
para dar cuenta tan larga:  
quedó Doña Inés sin vida,  
y los traidores sin alma.  
Y cuando supo el suceso,  
levantó el sitio Navarra;  
y el Príncipe sin consuelo  
quedó llorando mil ansias.

F I N

EN VALENCIA: Por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería.